

CARTA

## CARTA

DON BENITO, y Agosto de 1829.

Mi querido amigo: He recibido la apreciable de usted; y puesto que Ud. tiene la bondad de asegurarme en ella que no le soy molesto cuando le escribo más largamente de lo acostumbrado, voy á extenderme, tal vez demasiado, en contestar á sus observaciones.

Usted dice que yo me desentiendo *del objeto de nuestros amigos y de sus conocimientos actuales* cuando les aconsejo que estudien la Metafísica desde que empieza á nacer, digámoslo así, en los tiempos brillantes de la Grecia, hasta el tiempo en que se presenta en Alemania coronada por tantos siglos de ilustración y de investigaciones; en cuanto al objeto de nuestros amigos, yo creí que era estudiarla á fondo; si no es así, no he dicho nada; y en cuanto á sus conocimientos actuales, por lo mismo que los conozco, quisiera que siguieran ese método de estudios, porque, si ellos supieran esa ciencia, no era necesario que siguieran ni ese método ni ninguno; pero por lo mismo que no la saben deben seguir ese método como el único capaz de llenar los deseos de unas personas de un talento tan distinguido y de una disposición tan feliz <sup>1</sup>. Pero Ud. dice que no debe

<sup>1</sup> El método que aconsejaba Donoso en el estudio de la Metafísica es el de los eclécticos, que no profesan sistema alguno y pretenden entresacar, con el estudio comparado de todos ellos, tal como se nos ofrece en la historia de la Filosofía, lo que cada sistema tiene en sus ojos de verdadero, con exclusión de lo que tiene de falso; de lo cual resulta en realidad una especie de mosaico, en que se ven unidos lo blanco con lo negro, lo verdadero con lo falso, el sí con el no. ¡Admirable método!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

siempre empezarse por los primeros que han establecido las bases de las ciencias, *por la razón sencillísima de que el hombre adquiere sus conocimientos lenta y progresivamente, y es gran fortuna si al emprender su viaje tomó el camino real, y no la vereda del error.* Pero yo sostengo, al contrario, que los errores de los grandes hombres son cuasi tan útiles como las verdades que descubren para la Humanidad, porque ellos nos enseñan cuál es la marcha del espíritu humano en el descubrimiento de las ciencias, objeto siempre grande y siempre digno del hombre pensador, esto es, aun suponiendo que los primeros hayan errado; pero ¿quién es el mortal feliz que nos lo puede asegurar? Y ¿quién es el hombre, aún más feliz todavía, á quien debemos creer por su palabra en materia de razón? Yo no tengo la fortuna de conocer ese hombre; pero Ud. insistirá diciendo: *la probabilidad está por los últimos;* pero yo responderé que la probabilidad no basta para contentarnos, y si me apuran mucho diré que no hay tal probabilidad. El espíritu humano marcha siempre, pero muchas veces con un paso retrógrado y vacilante; y ¿quién nos asegura que el escritor que preferimos á los primeros no se halla en esta época fatal del espíritu humano? Podrán darse para ello razones más ó menos ingeniosas; pero yo confieso de buena fe que soy muy difícil de contentar.

Pasemos adelante: como Ud. no ha entendido por falta mía el sentido en que yo tomo las palabras *vago* y *fijo*, en vez de impugnar las razones de Ud., que en nada contradicen á las mías, que no son las que Ud. piensa, procuraré explicarme con la mayor claridad.

Yo dije á Ud. en mi anterior que nosotros no podemos conocer la esencia de los cuerpos exteriores porque, no habiéndolos formado, no podíamos saber todas las partes que los constituyen<sup>1</sup>, ni, por consiguiente, sujetarlos á un análisis riguroso, único medio que conduce á la verdad; por esta razón los obje-

<sup>1</sup> Para entender las cosas no es menester haberlas formado. Esta idea, sin embargo, no es nueva: ya la enunció el célebre Vico, á quien impugnó victoriosamente nuestro Balmes en su *Filosofía fundamental*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tos exteriores, y todo lo que de ellos depende, no puede sujetarse á la definición si el objeto de éstas es explicar la esencia de las cosas; lo mismo sucede con el hombre: no habiéndose formado á sí mismo, no puede conocerse absolutamente, ni tampoco definirse; por esto ve Ud. que todas las definiciones de las cosas de quienes no somos los únicos agentes, varían siempre en cierto número de años, conforme se descubren en ellas algunas propiedades no conocidas hasta entonces y que deben entrar necesariamente en la definición, y de aquí el absurdo crasísimo de empezar definiendo en las ciencias que no han sido hechura de solo nuestro entendimiento, como son todas las políticas y morales: las Matemáticas es la única ciencia que admite definiciones invariables, porque sólo en las Matemáticas la definición y la cosa todo es lo mismo<sup>1</sup>. El triángulo es el que consta de tres ángulos; pierda Ud. el miedo de que esta definición varíe: ella es absolutamente lo mismo que la cosa definida. Estamos seguros de ello porque conocemos la esencia de la cosa, y la conocemos porque nosotros, y sólo nosotros, la hemos formado; vea Ud. por qué, no habiendo formado al hombre, no podemos conocerle absolutamente, y no pudiendo conocerle no podemos definirle; pero, sin embargo, aunque no conocemos todas las partes de los cuerpos exteriores ni todas las de nuestro ser, unas y otras, como que existen, se ponen necesariamente en movimiento y obran sobre nosotros; entonces la sensación que de su movimiento recibimos, como todo efecto ha de participar de la naturaleza de su causa, es tan poco conocida y tan indefinible como ellas: á esto es á lo que doy el nombre de *vago*, por oposición á las sensaciones producidas por un agente que conocemos bien ó por las partes conocidas de un agente desconocido en su esencia; es muy fácil conocer estas sensaciones por el efecto que producen: cuando Ud. reciba con la presencia de un objeto ó de una idea un placer ó un dolor

<sup>1</sup> Donoso se egañaba: ni en Matemáticas ni en ciencia alguna, la definición es la misma cosa definida. Definir es explicar qué cosa sea la cosa definida, cuya esencia preexiste á su definición. Bien será añadir que todo lo que sigue tiene sabor sensualista, menos la protesta que viene al fin contra el sensualismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

determinado de modo que pueda Ud. explicar inmediatamente la causa de su sensación y definirla, entonces se halla Ud. en ese estado que yo llamo fijo; pero si Ud. no puede darse razón inmediatamente ni de lo que siente ni de su causa, entonces se halla Ud. en el estado que yo llamo de vaguedad; ese estado es, en una palabra, lo que los franceses llaman *rêverie*. La ignorancia de las causas que producen en nosotros estas sensaciones, puede ser una ignorancia de un momento ó una ignorancia de una eternidad: es de un momento cuando proviene de que la causa es compleja y no podemos distinguir á primera vista todas las causas reunidas que la constituyen aunque las comprendamos, estando separadas, con facilidad; entonces durará el estado que yo he definido el tiempo preciso para analizar bien la causa que le produce.

La ignorancia será de una eternidad cuando la causa de nuestras sensaciones pertenece á aquellas partes de nuestro ser ó de los agentes exteriores que no están sujetas á nuestros conocimientos, porque no lo están ni á nuestro análisis ni á nuestra reflexión; vea Ud. lo que yo pienso acerca del origen de ese estado, más frecuente en el hombre de lo que se piensa: puede darse otra razón que sin duda contribuye también á hacernos permanecer en esa situación cuasi siempre voluptuosa y agradable: esa especie de sensaciones, á diferencia de las fijas, no modifican solamente una parte determinada de nosotros, sino que modifican todo nuestro ser, el cual parece que, como asombrado de una sensación cuya causa no conoce, y que en vano procuraría explicar, se replega sobre sí mismo en el fondo de su existencia, y permanece mudo y en silencio en aquel éxtasis profundo, nacido tal vez de su misma admiración; ya que he explicado detenidamente lo que yo entiendo por vago y por fijo, no extrañará Ud. que diga que una teoría en la cual todo es fijo, ó, si Ud. quiere, determinado y definido, presenta un carácter marcado de falsedad. Pero dice Ud. que Destutt se propuso exponer cómo el idiota, y el instruído Newton, y el labriego de la tierra de Barros, forman sus ideas simples y com-

*puestas, las deducen y las expresan. Pero no como se forman, deducen y expresan toda clase de ideas.* Pero pregunto yo á Ud., y nosin admiración: la explicación de las ideas simples y compuestas, ¿no es la explicación de todas nuestras ideas? ¿Conoce Ud. alguna idea que no sea ni simple ni compuesta? No; pues si no, explicar los elementos que forman nuestras ideas simples y compuestas, ¿no es explicar los elementos de todas nuestras ideas? Ahora bien: si algunas de estas ideas son vagas, indefinibles é indeterminadas como los agentes que las producen, ¿cómo pueden explicarse de un modo fijo y determinado, como los sensualistas lo hacen? Siendo los elementos de todas nuestras ideas las impresiones recibidas por los agentes exteriores, ¿cómo han de ser determinados y conocidos si los agentes no lo son? Todo esto es un galimatías indigno de un filósofo como Tracy, é indigno de todos los grandes hombres que le han precedido en su carrera; yo me admiraría de todo esto si, echando una ojeada por todos los siglos y por todas las sectas filosóficas, no viera que, por desgracia, las contradicciones más absurdas son el patrimonio de los hombres; ¡filosofía orgullosa y, sin embargo, pueril! Ella se ha creído bastante para arrancar el velo misterioso con que ha cubierto á la Naturaleza su Creador, velo con que se ha envuelto en su cuna y que llevará hasta su sepulcro; y ¿cuál es el término de su orgullo y de su imbecilidad? Ella ha trazado un círculo mezquino con un compás más mezquino todavía, en donde se halla oprimido el genio y sofocada la virtud; y, sin embargo, ella ha creído en su orgullo haber trazado con un compás de oro un círculo eterno al derredor de la Naturaleza. Perdone Ud., amigo mío, si después de haber hablado el lenguaje de la razón he hablado por un momento el lenguaje del entusiasmo: sea permitido á un joven que ama apasionadamente la verdad, destruir con las armas de la razón y el fuego del entusiasmo los sofismas del error: sí; á usted, á mí, á todos los jóvenes está reservado el hermoso privilegio de levantar nuestra cabeza independiente en medio de hombres imbéciles ó pusilánimes agobiados con el peso

de sistemas monstruosos que pervierten su corazón y conducen con una luz funesta por inmensos precipicios la doliente Humanidad; nosotros no nos presentaremos en la lucha con la ventaja de un talento colosal y una erudición inmensa; pero tampoco nuestros oídos estarán sordos á los ecos de la virtud, ni nuestro corazón manchado con el crimen.

Yo siento llegar al fin de la carta de Ud.; hasta aquí yo he impugnado los que me parecen errores; pero ellos no deben ser indignos de Gallardo, porque no lo son de Locke y Condillac; pero este último no sé cómo ha podido Ud. concebirle: yo dije á Ud. que esa teoría era buena para preservar del error, pero no para descubrir la verdad. Usted contesta que esto sucede á todas las teorías, porque la verdad es sólo hija del entusiasmo; yo creía, amigo mío, que la verdad era hija de la razón; y como una teoría, si es buena, no es otra cosa que la reunión de unas verdades que tienen una relación inmediata entre sí, unidas por medio de un principio, fórmula general que las abraza todas, la teoría sólo puede tener por objeto la verdad; no solamente la verdad no es hija del entusiasmo, sino que éste es una de las causas más fecundas de todos los errores: la verdad es hija de la observación cuando ésta es justa y detenida<sup>1</sup>, y lo es cuando con su luz hemos mirado, bajo todos sus aspectos y relaciones, la proposición que queremos discutir; para ello se necesita que estén en calma las pasiones, que siempre perturban la razón; esto no lo digo yo solamente: lo dicen Locke, Condillac, Helvecio y Tracy; y aun cuando ni ellos ni yo lo dijéramos, no por eso sería menos evidente; para probar Ud. su proposición me cita á la poesía, en la cual la lectura de Aristóteles, ni la de Blair, no sirven ni para hacer un mal romance; ¿pero qué tiene que ver lo uno con lo otro? La poesía abraza dos partes muy distintas entre sí: la parte teórica y la parte práctica: á la teórica preside la razón, á la

<sup>1</sup> La observación no es la fuente única del conocimiento de la verdad, como erróneamente sostienen los filósofos sensualistas, Locke y consortes, en cuya mala compañía andaba por entonces nuestro Donoso Cortés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

práctica el entusiasmo; la primera tiene por objeto presentar la verdad á nuestro entendimiento: la segunda herir con sus bellezas nuestra imaginación; la primera es una ciencia: la segunda es un arte. ¿Cómo confunde Ud. cosas tan distintas entre sí? Aristóteles, que ha cultivado la parte teórica, ¿ha encontrado la verdad en sus observaciones, sí, ó no? ¿Sí? Pues entonces la teoría conduce á la verdad; pero ¿podrá alguno ser poeta con sólo su lectura? No. ¿Y por qué? Porque el conocimiento de la verdad en las ciencias no es suficiente para la perfección en las artes, pero no porque una teoría no conduzca á la verdad; yo haría poca justicia á su talento y buena fe si insistiera más sobre este asunto.

Usted me dice al fin de su carta que le dijera algo sobre la libertad y sobre la inmortalidad; ya ve Ud. que no puedo hacerlo sin enviarle á Ud. mi cartapacio; por otra parte, ¿qué conocimientos tengo yo para hablar de tales cosas? Sin embargo, si tengo lugar y Ud. lo desea, tal vez le escribiré sobre este asunto: digo si tengo lugar, porque estos malditos oidores de Cáceres están empeñados en que yo sea catedrático de Humanidades, y yo en no serlo, porque no quiero ninguna especie de obligaciones; ya hace tres correos que el Fiscal de la Audiencia escribió á mi padre sobre ese asunto, y no le he contestado todavía. ¿Cómo le he de responder que sí si no quiero? ¿y cómo le he de responder que no, cuando hacen ellos más en proporcionármelo que yo en admitirlo? No sé todavía lo que haré: si lo admito, me será imposible volver á tratar de estas materias, porque entonces tendré que dedicarme exclusivamente á formar mi plan de enseñanza. Ya ve Ud. si he sido largo: esto debe usted agradecerme mucho, porque no lo hago con todos. Y sin más, queda de Ud. su afectísimo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En esa palabra termina el manuscrito de Donoso que tengo á la vista, no pareciendo en esta copia la firma de su autor.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)